

reparto es excelente. Las tres hermanas: Mónica Serna, Virginia Gutiérrez, Adriana Roel, que obtuvieron, las tres, un Premio Especial de la Asociación Mexicana de Críticos de Teatro; los hombres: Ricardo Blume, Jorge del Campo, Luis Jimeno, Miguel Córcega, Carlos Bribiesca, Oscar Cantú, Jorge Ortiz de Pinedo, y Carlos Ancira en una de sus mejores personificaciones; y dos mujeres más: Cristina Rubiales, en la pequeña burguesa ambiciosa y vulgar, y Blanca Torres en el conmovedor papel de la vieja nana. Ojalá que *Las Tres Hermanas* siga largo tiempo en cartelera.

A. F.

El zoológico de cristal

El *zoológico de cristal* de Tennessee Williams, puesta en escena los fines de semana en el Polyforum bajo la dirección de Rafael López Miarnau y con la actuación de Emma Teresa Armandáriz, Laticia Perdigon, Fernando Balzaretto y Enrique Beraza.

No hace muchos años que *El zoológico de cristal* fue escrita. El primer reconocimiento público que Tennessee Williams obtuvo como autor fue en 1944, con esta obra precisamente.

"La acción transcurre —apunta el narrador— durante la curiosa época en que la gran clase media de Norteamérica se inscribía en una escuela para ciegos. Sus ojos les habían fallado, o ellos habían traicionado a sus ojos. . . y los obligaban a oprimir los dedos sobre el feroz alfabeto Braille de una economía que se desintegraba. . . Había revolución en España. . . Aquí sólo había disparos, confusión y disturbios laborales en las que fueron ciudades pacíficas como Cleveland. . . Chicago. . . Detroit. . . Este es el antecedente social de la obra, y ésta, un recuerdo."

Los personajes, sin embargo, poco o nada se interesan por su momento histórico: están atrapados en su mundo familiar, indiferentes a lo que los rodea. Aunque aquí cabe aclarar que son las mujeres, las protagonistas principales: Amanda, la madre, y Laura, la hija, quienes se han aislado atrincherándose dentro de las frágiles paredes de la casa. Los hombres, padre e hijo, al sentirse ahogados por este ambiente enrarecido, han escapado o están a punto de hacerlo. El padre de los Winfield, bello, seductor, vital, empleado de teléfonos que se "enamora de la larga distancia", hace muchos años desertó del hogar. Lo último que supieron de él fue por una tarjeta postal de la costa mexicana del Pacífico, que traía un mensaje de dos palabras: "¡Hoja-Adiós!", y sin dirección. Tom, el hijo, está muy cerca del cam-

bio, a punto de comprometerse con un futuro que no incluye la zapatería (en donde trabaja) ni al Sr. Mendoza (su jefe), harto ya de las películas con las que pretende evadirse todas las noches para "ver acción en vez de moverse".

Y en esto se encuentra precisamente la diferencia fundamental que marca a los hombres y a las mujeres, en la obra. ¿Sólo en la obra? ¿Nada más en el momento en que ésta se sitúa: cuando había revolución en España y disturbios laborales en Cleveland, Chicago, Detroit? El *zoológico de cristal* es una obra del recuerdo y, en el recuerdo, una manera de actualizar el binomio movilidad-inmovilidad.

Amanda y Laura están condenadas a la inmovilidad, a una vida que se retroalimenta, confinada entre cuatro paredes.

Qué margen de elección han tenido ellas, se pregunta uno. Seguramente ninguno. Nacieron para alcanzar un único destino previsible: casarse. Amanda lo logró: tenía "una cara bonita, una figura graciosa", "agudo el ingenio y una lengua que hiciera frente a todas las situaciones". En verdad, no precisaba más. Y los pretendientes llovían. "Recuerdo que un domingo en la tarde en Blue Mountain —refiere Amada por enésima vez a sus hijos—, cuando era muchacha, tu madre (Amanda misma) recibió a diecisiete pretendientes. Y, pues a veces, no alcanzaban las sillas para acomodarlos a todos, y teníamos que mandar al negrito a la parroquia a traer sillas plegadizas".

Y Amanda no puede aceptar que su hija Laura no tenga pretendientes y, por lo tanto, no se case. La estimula a que estudie mecanografía y taquigrafía (le servirán mientras viene el momento deseado) y le insiste a estar linda y fresca porque "ya es casi la hora de que empiecen a llegar los pretendientes", aunque sabe de sobra que Laura no tiene uno solo, que no conoce a ningún muchacho, que la invalidez de su pierna la hace ser diferente de las chicas de su edad y, por lo mismo la obliga a retraerse. Sabe, y eso la irrita, que el universo de Laura está constituido por la contemplación y ciudad de su *zoológico de cristal*, una colección de figurillas frágiles y hermosas, y por la audición insaciada de una música "que expresa la vivacidad superficial de la existencia con el tamiz de la inmutable, inexplicable pena".

El padre huyó del mundo estático del hogar, y el hijo pronto va a hacerlo también (Tom se ha inscrito en el Sindicato de Marineros Mercantes), para salvarse en la *inmovilidad*, Amanda y Laura se refugian en la *inmovilidad*: aquella, en sus recuerdos; ésta, en sus figuras de cristal y en su música.

El único posible rescate, piensa Amanda, es un buen matrimonio de Laura. De no ser así ¿qué va a ser de ellas el resto de



Emma Teresa Armendáriz

sus vidas?: "¿Quedarnos sentadas en la casa viendo pasar desfiles? ¿Seguir jugando con esos animales de vidrio? ¿Tocar eternamente esos discos viejos que nos dejó tu padre como un recuerdo doloroso? No podemos tener una carrera comercial. No, eso no podemos hacerlo, nos descompone el estómago. ¿Qué nos queda sino ser una carga para los demás el resto de la vida? Te lo digo yo, Laura; se muy bien lo pasa con una mujer soltera que no esté preparada para tener una posición en la vida. En el Sur me ha tocado ver casos lamentables. . . solteronas que viven arrimadas con un hermano y que apenas las tolera la cuñada o el cuñado, relegadas al cuarto de los trebejos. . . y viviendo de un pariente político a otro. . . mujeres como pajaritos sin nido. . . tragándose las migajas, comiendo el pan de la humildad todas sus vidas, ¿Es ese el porvenir que hemos planeado para nosotras? Te juro que no veo otra alternativa y no

creo que ésta sea muy agradable. Por supuesto. . . algunas muchachas se casan".

Así, no quedan más opciones que una carrera comercial, necesariamente transitoria y poco apetecible, o el matrimonio. Fuera de estas dos: la condena a vivir arrimada a algún pariente, como de hecho ya lo están haciendo ahora: Tom, hijo de una y hermano de otra, las sostiene al punto de que al plantearse en algún momento el trabajo ocioso que realiza y el proceso de idiotización en el que vive y que, precisamente, quiere cancelar, su madre le dice: "¿Cómo te atreves a arriesgar tu trabajo? ¿A arriesgar nuestra seguridad? ¿Qué crees que haríamos. . .?"

Si Amanda es capaz de hacer algún sacrificio —y gustosa los hace: la visión del futuro es desoladora— lo encaminará todo para darle cuerpo a eso que se ha vuelto una obsesión: la imagen del pretendiente que ronda el departamento como un fantasma, "como si fuera —dice Tom— un arquetipo del inconsciente universal", a hacer real esta imagen, este aspecto, otra esperanza.

Pero, claro, todo para Amanda es frustración: (y no podría ser de otro modo: todo lo espera de los demás, siempre ha dejado en manos de los otros la resolución de sus problemas, de su vida misma): el marido, por el que desechó a todos esos pretendientes tan promisorios, se ha ido, y con él un mediocre pasar. El hijo apenas cumple y, muy pronto, también se irá. Laura se anuncia como una carga ineludible. Y la frustración se manifiesta en chantaje: "Mi abnegación me ha convertido en una bruja, ¡y me ha hecho odiosa a mis hijos!"; se transforma en compulsivo cuidado por uno y otro hijo que ya no lo necesitan tanto; se convierte en maniática observación de los modales, de las acciones, de las reacciones, de las idas y venidas de sus hijos, queriendo cuadrangular sus vidas como si fueran simples hojas blancas de papel.

Las frágiles figuras inmóviles del zoológico de Laura se antojan una sutil alegoría de esas otras frágiles figuras, igualmente inmóviles, que son Amanda y Laura, atrapadas en su destino, condenadas, sin remedio, a quebrarse.

No lo he dicho y es preciso hacerlo; Amanda de Emma Teresa Armendáriz, y Laura de Leticia Perdigón, convencen y conmueven. La actuación masculina tiene menos relieve. La dirección, de Rafael López Miarnau, ha sabido dar el tono justo a esta obra del recuerdo que se actualiza en la evidencia de la marginalidad de la mujer, en la existencia de un estado de cosas que ya no puede ser el mismo puesto que, ahora, es flagrante su inaceptabilidad.

Elena Urrutia 